

Una de las Obras Públicas más importantes de la Edad Media en España

El Puente del Arzobispo Tenorio cumple seiscientos años^(*)

Por J. AGUSTIN SANCHEZ REY

Dr. Ingeniero de Caminos, C. y P.

Se han cumplido, durante este año, seis siglos desde que el arzobispo de Toledo decidiera la construcción de un puente sobre el río Tajo, en su señorío de la actual villa de el Puente del Arzobispo. A la construcción del puente y a las curiosas vicisitudes históricas de esta importante obra medieval se dedica este artículo.

Sería ocioso pretender ahora descubrir la importancia que en la historia de la humanidad han tenido las obras públicas. Su carácter, en la mayoría de las ocasiones perdurable —al menos en la intención de sus creadores y afortunadamente en la realidad de tantos vestigios del pasado todavía subsistentes— las convierten con frecuencia en silenciosos testigos del acontecer social, político, económico y, a veces, incluso religioso, de la vida de los hombres y de los pueblos, dando testimonio de su lucha con dificultades técnicas que a menudo constituyeron verdaderos desafíos de la naturaleza a la inteligencia y a la voluntad del hombre en su empeño por mejorar sus condiciones de vida.

Ese es el caso del puente cuya historia nos parece interesante evocar al cumplirse precisamente en este año sus primeros seis siglos de provechosa existencia. Durante seiscientos años el «Puente del Arzobispo» ha sobrevivido a sucesivas generaciones de hombres y mujeres que en torno suyo desarrollaron su vida, su comercio, sus guerras y sus relaciones de convivencia e intercambio.

A 12 kilómetros de Oropesa (Toledo) y 163 kilómetros de Madrid por la C.N. V, Madrid-Badajoz, en el límite entre las provincias de Toledo y Cáceres, se encuentra una Villa que debe su nombre precisamente a la existencia en ella de una obra pública: el Puente del Arzobis-

po (nótese la abundancia de toponímicos en nuestra geografía —más de 300 lugares en el Diccionario de Madoz— derivados de la existencia en el lugar de un puente: Puenteáreas, Puentegeñil, Puente deume, Pont de Suert, Puenteceures, Puenteviesgo, Puentes de García Rodríguez, Puente Sampayo, etc., algunos con una historia de tantos paralelismos con la del que ahora nos ocupa como es la de Puente de la Reina de Navarra).

La historia del Puente del Arzobispo estuvo siempre ligada a las peregrinaciones al Monasterio, durante varios siglos jerónimo y hoy franciscano, de Nuestra Señora de Guadalupe, que durante gran parte de nuestra historia constituyó un centro de atracción religiosa comparable en muchos aspectos a Santiago de Compostela en nuestro país y Roma o Jerusalem fuera de él.

CAMINOS DE GUADALUPE

Si durante la Alta Edad Media la Ruta Jacobea fue camino de peregrinación de millones de creyentes, en la Baja Edad Media y durante toda la época de los Austrias, Guadalupe fue punto de encuentro y lugar de devoción de muchos españoles, devoción que fue decayendo con el advenimiento de la Edad Moderna. «En tiempo de los Austrias —escribió Unamuno— fue Guadalupe, en la sierra de Cáceres, el santuario nacional; desde los Borbones lo es el Pilar de Zaragoza.»

Cuenta la tradición que un pastor de nombre

(*) Se admiten comentarios sobre el presente artículo, que podrán remitirse a la Redacción de esta Revista hasta el 29 de febrero de 1984.

Gil Cordero, que se hallaba cuidando su ganado en la sierra de las Villuercas, halló una imagen de la Virgen, en tiempos del rey Alfonso X el Sabio (segunda mitad del siglo XIII). Levantóse una ermita en el lugar, que fue ganando fama y atrayendo la devoción popular. Algún tiempo después el rey Alfonso XI se encomendó a la Virgen de Guadalupe en vísperas de la decisiva Batalla del Salado. Agradecido el monarca por su victoria ordenó levantar un monasterio que era a la vez fortaleza y convento.

En los comienzos del siglo XIV ya consta la existencia en Guadalupe de un hospital para atender a los romeros y un prior, todavía secular, Toribio F. de Mena, gasta 30.000 doblas de oro en la captación de aguas para abastecer el Monasterio, gigantesca obra hidráulica medieval aún existente y que bien merecería estudio aparte. En 1343 el rey Alfonso XI concede a los habitantes de Guadalupe el privilegio de que sus ganados «pudieran comer hierba y beber agua por todo el reino y sus pastores cortar madera y ramas para hacer puentes y cocer pan y corteza de los árboles para hacer calzados» [1].

Su hijo Pedro I El Cruel continuó la labor de engrandecimiento del Monasterio, construyendo en 1360 a seis leguas de Guadalupe una venta para reposo de peregrinos que más tarde se convertiría en el llamado Hospital del Obispo, sobre uno de los caminos más utilizados por los romeros, el que procediendo de tierras toledanas cruzaba el río Tajo en las proximidades de Alcolea.

Las peregrinaciones fueron en aumento e hicieron del Monasterio un lugar muy rico, donde se atesoraban riquezas materiales, artísticas y monumentales, albergando la mejor Escuela de Medicina de Europa y una Biblioteca acorde con su importancia como centro religioso y cultural de primerísimo orden. «Mejor que conde o duque, fraile de Guadalupe» decía el refrán reflejando una situación que habría de perdurar hasta la Exclaustración del siglo XIX.

Dependiente de la mitra toledana, como todavía hoy ocurre no sin ciertas reticencias extremeñas, fue probablemente por la necesidad de comunicar el Monasterio de Guadalupe con la sede episcopal y facilitar el paso a la avalancha de peregrinos que a Guadalupe se diri-

gían, por lo que cobró gran importancia el camino citado, que desde Toledo, pasando por Talavera de la Reina, se dirigía al Monasterio Guadalupeño. Según hemos dicho, el camino había de atravesar el río Tajo en las proximidades de Alcolea, travesía que se hacía con barcas (1), y que en ciertas épocas dificultaría sobremanera las comunicaciones con el Monasterio. Para remediarlo, el arzobispo de Toledo D. Pedro Tenorio decidió la construcción de un puente, cuyas obras se iniciaron en junio de 1383 y que habrían de terminar cinco años después, fruto de las cuales es el hermoso puente que daría nombre a la Villa y que aún subsiste en la actualidad, seiscientos años después.

Además del factor religioso y de comunicación del Monasterio con la sede episcopal hubo probablemente otras razones para propiciar el fácil cruce del río Tajo en esta zona. Razones estratégicas —luego se verá la importancia bélica que tuvo el puente— y económicas, fundamentalmente para permitir la trashumancia de ganado de la Mesta hacia y desde los pastos extremeños (2), debieron sin duda influir también en la decisión del Obispo Tenorio de levantar un puente de fábrica sobre el Tajo, que permitiera franquear el río en cualquier época del año.

Con anterioridad al puente actual debió existir algún tipo de instalación, de hecho, aunque no parece que ninguna vía romana pasara por el lugar (3), se supone próxima alguna senda de herradura que según Francisco Coello [4] «entróncaría en Puertollano con la calzada de Mérida-Toledo». Jiménez de Gregorio habla de una vía romana que partiría al sur del puente actual, en lo que fue transitable vado. De cualquier forma, no muy lejos se encuentran los restos de la importante población romana que existió en Talavera la Vieja. Todo ello, más la posible semejanza con el puente de San Martín en Toledo, de origen romano, la misma traza del puente y curiosas referencias, como la de Navagero [3], de que el Puente se había construido «con piedras antiguas», nos hace pensar en algún puente romano destruido, si bien la autoridad de C. Fernández Casado no lo incluye en su libro (aunque sí inserta un grabado del mismo).

En una fuente ya tardía citada en [3] se habla de un puente de madera situado en La Alquerina, que podría ser un precedente del puente actual.

EL ARZOBISPO CONSTRUCTOR

La época de construcción del puente (1383-1388) fue una época turbulenta, no sólo política sino religiosamente. La guerra de los Cien Años asolaba el continente europeo y como prolongación de ella, estaba aún reciente en los reinos cristianos peninsulares la actuación de las «compañías blancas» de Bertrand Duguesclin, dentro de las luchas fratricidas entre Pedro I y su hermano, apoyado por Francia y el Papado, el futuro rey Enrique de Trastámara, que terminarían con el sangriento episodio de Montiel (23 de mayo de 1369). Por otra parte, el cisma de Aviñón dividía a los reinos cristianos y a las jerarquías religiosas de la época.

Era a la sazón Arzobispo de Toledo D. Pedro Tenorio, que debería pasar a la Historia como uno de los más fecundos promotores de obras públicas de nuestro país. En efecto, además del puente que aquí evocamos, a su impulso se debieron obras tan importantes como la reconstrucción del puente de San Martín en Toledo, todavía subsiste, la iglesia colegiata de Talavera, la reconstrucción del puente de Zulema en Alcalá de Henares, el Claustro y la Capilla que habría de servirle de sepultura en la Catedral de Toledo, etc.

Como casi todos los puentes medievales, también nuestro puente tiene su leyenda. Dice ésta que cruzando un día el Tajo el obispo, le explicaba el barquero lo peligroso que ello resultaba, sobre todo en las crecidas, rogándole construyera allí un puente que facilitara el paso a los romeros de Guadalupe.

Por toda respuesta, arrojó entonces el obispo su anillo pastoral a las turbulentas aguas, mientras decía «cuando este anillo vuelva a mi mano, construiré aquí un puente». La sorpresa fue grande cuando a los pocos días, almorzando en Alcolea, hallaría su anillo en el vientre de un hermoso pez que le sirvieron a la mesa.

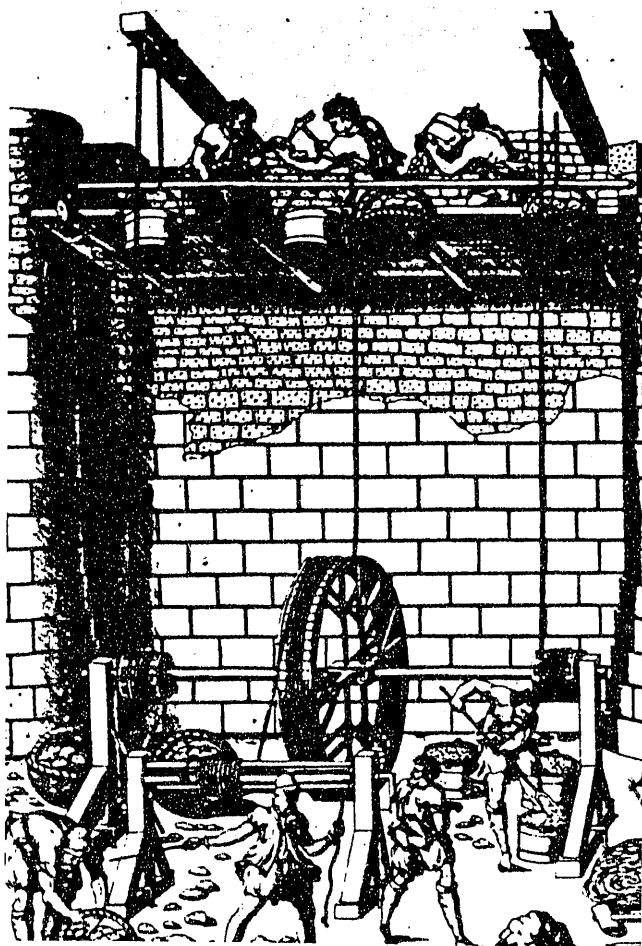
Y, en efecto, el puente comenzó a construirse en 1383, reinando en Castilla Juan I, sucesor de Enrique de Trastámara.

En el archivo del Monasterio de Guadalupe se conservan dos cartas del arzobispo Tenorio sobre la construcción del puente [5]. En la primera de ellas solicita del veedor (párroco) (4) de Guadalupe, Juan Millán, el abono a su cargo de trescientos maravedís a dos contratistas suministradores de cal para el puente. En la segunda (5) se le comunica el cumplimiento del contrato, amén de demostrar su interés y determinación de ejecutar las obras sin demora, mandando advertir a un obrero (que se había ausentado del trabajo, marchando a Guadalupe alegando «tener la fiesta de Sant Johan...», aviéndosele pagado su soldada adelantada de un mes») y ordenando prenderle si se negara a reintegrarse sin tardanza a su trabajo.

Su espíritu emprendedor de obras públicas de gran envergadura, como la del puente, le hacía necesitar del concurso de todos los maestros canteros disponibles, como consta en la carta que su casero en Toledo, Pedro Rodríguez de



Construcción durante la alta Edad Media.



Grabado del «Teatro de los instrumentos...», de D. Besson (s. XVI).

Burgos, dirige al mismo destinatario de las cartas anteriores, el cual le había solicitado uno de aquéllos para que trabajase en el Monasterio Guadalupeño, pues «el arzobispo mandó... que todos los pedreros labren en la su puente de Alcolea... E asy sabed que de aquí non podedes aver pedrero nenguno, que sy mas oviese, mas serían menester para estas obras que el dicho señor tiene comenzadas...» [5].

Pese a su carácter enérgico, el obispo Tenorio no estaba exento de prudencia y discreción, como atestigua la leyenda existente en torno a las obras por él emprendidas del puente de San Martín en Toledo. Según el relato, el constructor del puente confesó un día a su mujer que habiendo cometido un error en la dirección de la obra, tan pronto se retirara la cimbra caería el arco principal y con él se hundiría el prestigio del que hoy llamaríamos ingeniero, que sería objeto de duro castigo. La mujer decidió entonces prender fuego a la cimbra, aprovechando

la oscuridad, y, en efecto, así lo hizo, provocándose el aparentemente fortuito accidente que arruinó la obra pero liberó de responsabilidad a su marido, el cual pudo entonces construir de nuevo sin cometer esta vez los errores anteriores. Según la leyenda, al obispo Tenorio llegaron noticias de lo sucedido, pero en lugar de castigar a ambos esposos felicitó al marido por el amor, la determinación y la inteligencia que la mujer había demostrado.

La actividad constructora del arzobispo era, por otra parte, bastante frecuente en las personalidades religiosas de la época. La medieval Hermandad de los constructores de puentes, orden religiosa dedicada a facilitar las peregrinaciones mediante la construcción de puentes, los «Fratres Pontifices» que tan bien han descrito Steinman y Watson [6], tuvo en nuestro país réplicas tan importantes como es la figura de Santo Domingo de la Calzada, patrón de los Ingenieros de Caminos y de las Obras Públicas, que hizo en el camino de Santiago una labor precursora de la que no mucho después habría de llevar a cabo el arzobispo Tenorio en la ruta de Guadalupe (6). Todo ello no era sino la prolongación en el medievo del carácter religioso que los puentes tuvieron en épocas anteriores. «Para los romanos, el Colegio de Pontífices fue una de las instituciones religiosas más primitivas, que ha perpetuado su nombre en la más alta jerarquía de la Iglesia Católica. Para los musulmanes también tienen carácter religioso estas obras de utilidad pública, y «realizarlas o contribuir a ellas es acto piadoso» [2].

Al igual que otros obispos medievales, D. Pedro Tenorio fue también un hombre de vida intensa, alternando la espada con el báculo y la actividad política. Había sido canónigo de Zamora y arcediano de Toro durante el reinado de Pedro I, pasando a la muerte de aquél al partido de su enemigo, Enrique II, que le nombró arzobispo de Toledo. Su período episcopal coincidió con el cisma de Occidente, celebrando un Concilio Nacional en Alcalá de Henares, durante el cual se decretó que no prestaran los castellanos obediencia a ninguno de los dos competidores hasta que la Iglesia no se pronunciase sobre cuál de los dos era el legítimo Pontífice. Formó parte del grupo de tutores de Enrique III, y habiéndose suscitado diferencias



El maestro constructor del medievo en la obra (de un manuscrito del siglo XIV).

entre ellos, acaudilló un partido formidable, alistó tropas y marchó sobre Valladolid, siendo hecho preso en Zamora, después de varias alternativas bélicas, obteniendo no obstante la libertad poco antes de su muerte, acaecida en 1399, once años después de haber terminado nuestro puente.

Pero si el arzobispo Tenorio fue el promotor de la obra, parece ser que su constructor fue el arquitecto Rodrigo Alfonso, maestro mayor de la Catedral de Toledo y asimismo autor de la reconstrucción del puente de San Martín en Toledo, del puente de Zulema, en Alcalá de Henares, del Monasterio del Paular y su capilla de los Reyes, del Claustro de la Catedral de Toledo y otras muchas e importantes realizaciones [7].

DESARROLLO DE LAS OBRAS

Las obras concluyeron en 1388, cinco años después de comenzadas, según inscripción que citan Ponz [8], por cierto equivocada en la fecha —dice 1338—, y Quadrado [9], grabada en la puerta de uno de los torreones que defendían el puente y en medio de dos blasones del

fundador y que actualmente se puede ver adosada a uno de los pilares del arco principal: «Esta puente con las torres della mandó facer el mucho honrado en Christo Padre e Señor Don Pedro Tenorio por la gracia de Dios Arçobispo de Toledo. Acabose de facer en el mes de setiembre del año del Señor de MILCCCLXXXVIII años».

El puente fue testigo ya al año de iniciada su construcción del paso de las huestes del rey de Castilla que se dirigían a Portugal, sitiando Lisboa, cerco que se vieron obligadas a levantar por la peste que se adueñó de ellas (septiembre de 1384). Un año más tarde, de nuevo el rey castellano, después de vender el oro y la plata del Trono de la Virgen de Guadalupe para pagar a sus tropas, entraría en el reino vecino, sufriendo la gran derrota de Aljubarrota (15-8-1385), que marcaría la definitiva toma de conciencia nacional de Portugal y daría origen a otro Monasterio majestuoso, el de Batalha, en conmemoración de la victoria portuguesa. No faltaron quienes atribuyeron la derrota del monarca castellano al despojo de Guadalupe [10].

Antes de comenzar los trabajos de nuestro puente, el arzobispo mandó edificar una casa o palacio desde donde observaría la construcción de aquél. Peones, albañiles, caleros, acemileros, formaron un barrio de chozas, llamado Toledillo, por ser en su mayoría sus habitantes procedentes de la ciudad de Toledo. Finalizado el puente, el arzobispo rogó a muchos de sus moradores que siguieran viviendo allí, solicitando del rey alguna medida en apoyo de dicha población, tan interesante para asegurar el tránsito por los caminos que servía el puente. El rey Juan I, satisfecho sobremanera por la realización de la obra que había visitado personalmente con ocasión de sus campañas contra Portugal, accedió a ello, otorgando toda clase de franquicias a los que viniesen a poblar aquel lugar.

FRANQUICIAS Y PONTAZGOS

En efecto, en carta fechada en 16 de marzo de 1390 el rey Juan I dice que para honrar a Dios y al arzobispo que termina de «fazer e acabar tan noble cosa como es la dicha puente para guardar della e para que pudiesen en él

viandas e las otras cosas que menester ovieren para sus provisiones las personas que pasasen por la dicha Puente fue ntra. merced de poner nombre e que fuese llamado el pueblo que a el fuese Poblado Villafranca de la Puente del Arzobispo». Con el fin de que se poblase rapidamente se hacía merced «para siempre jamás en que fuese franco e quieto de todos los pechos e servicios y moradas e alcabalas e galeotes e lanceros e ballesteros e pedreros e guías e otro cualquier pecho de tributo e derramas e tasas». Extiende el rey las franquicias a los pobladores de la villa y a los de Alcolea. Los privilegios serían confirmados por Enrique III, desde Madrid (15-12-1393) y Juan II, desde Segovia (4-11-1409).

Como testimonio de su carácter y fuero de Villa, fue erigido un rollo en el lugar, uno de los más antiguos que se conservan aún hoy en la provincia de Toledo.

En 1390 Clemente VII envía una carta a Tenorio, reconociendo las importantes obras que había realizado y enumerando el Puente, los dos hospitales y la Iglesia con su clerecía.

Sin embargo, no todo habrían de ser parabienes por la construcción del puente. En efecto, apenas iniciadas las obras, protestaron por las mismas las monjas bernardas del toledano convento de San Clemente, propietarias de un puente en su señorío de Azután, las cuales se consideraban perjudicadas en sus rentas y pontazgos por la construcción del puente del arzobispo Tenorio. Se llegó a una concordia por la cual las monjas recibirían un canon por el ganado de pezuña hendida que utilizara el nuevo puente. Este arreglo se confirmó por el cismático Papa Clemente VII, de Aviñón, el 27 de abril de 1386, cuando aún faltaban dos años para la conclusión de las obras. El canon sería fijado en 1395, consistente en 300 carneros e igual número de ovejas que serían entregados todos los años al Monasterio de San Clemente. A éste corresponderían dos tercios del pontazgo y el otro tercio se destinaba a los hospitales fundados por Tenorio en la villa.

Este canon y otro, consistente en una cabeza por cada rebaño que le cruzase, a beneficio de la Santa Hermandad Vieja —«derecho de asadura»— serían los únicos pontazgos que se per-

cibirían, al haber sido declarado franco por el ya citado privilegio de Juan I, en cumplimiento de la voluntad del Obispo Tenorio. En efecto, cien años después (1484) el Cardenal de Toledo González de Mendoza amenazaba con la excomunión a los alcaides de las torres que defendían el puente que osaran percibir otros peajes diferentes a los permitidos. No obstante, en 1575, el Alcaide de la torre, que era nombrado por el arzobispo y tenía unos ingresos anuales de 10.000 maravedíes, tenía derecho a un leño por cada una de las cargas de leña que se transportasen por el puente, aparte de los derechos que le correspondieran por la captura de esclavos fugitivos en el territorio de la villa (10.000 maravedíes por cada uno).

La legislación protectora de los caminos y puentes que se recoge por ejemplo en el Fuero Viejo de Castilla, las Siete Partidas, o el Ordenamiento de Alcalá (1348) tuvo, según se ve, su reflejo en las normas relativas a nuestro puente. Ya en las Partidas, al explicarse cómo han de amar los reyes a sus tierras, se dice que «deben mandar labrar las puentes e las calzadas e allanar los pasos malos, porque los omes puedan andar e llevar sus bestias e sus cosas desembargadamente de un lugar a otro» (7). A tal fin se contienen normas para el fomento de la construcción de puentes y caminos y la forma en que han de ser sufragados por los concejos (o los señores del lugar), primero mediante las rentas de bienes comunales y si no bastasen, con el repartimiento proporcional a los haberes de los vecinos y sin ninguna clase de privilegios ni exclusión, pues «no se pueden escusar Caualleros, nin clérigos, nin biudas, nin huerfanos, nin ningún otro cualquier, por preuillejo que tenga» (8).

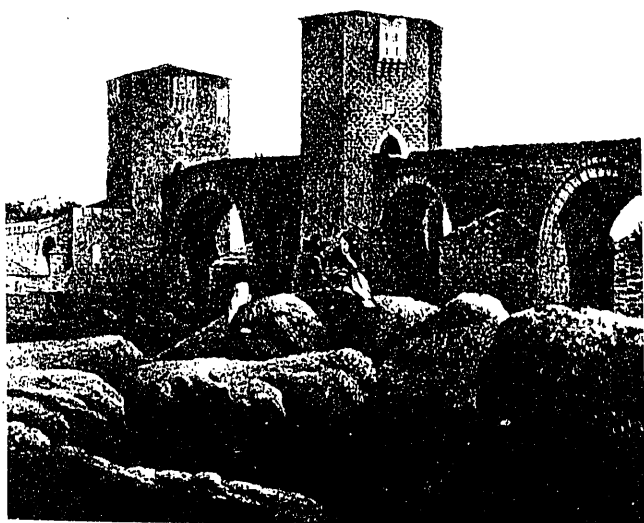
Por cierto que se contiene ya una solemne y expresa declaración de la necesidad de personal para atender los caminos, dotado de medios necesarios para su función, pues «apostura e nobleza del Reyno es mantener los castillos e los muros de las villas, e las otras fortalezas, e las calzadas e las puentes e los caños... E por ende deve y poner omes señalados, e entendidos en estas cosas, e acuciosos que fagan lealmente el repartimiento que menester a las cosas que de suso diximos. Otrosi decimos que debe dar a estos omes lo que ovieren menester

para cumplimiento de la labor...». ¿No sería necesario repetir hoy tan sabias disposiciones medievales?

EL PUENTE-FORTALEZA

El puente, «labrado en buena sillería granítica, sólida, fuerte, monumental y de bella traza, con airosos arcos de medio punto», tiene once ojos, y como todos los puentes de su época, la técnica constructiva existente y las frecuentes guerras que en estas obras de fábrica encontraban un objetivo bélico preferente impusieron que se construyera con arcos autoestables, con pilas que eran a la vez estribos. Razones defensivas determinaban también que nunca se construyeran más de dos arcos a la vez (6) y la calzada era estrecha, con parapetos laterales y dos torres defensivas coronadas de almenas y provistas salientes barbacanas, ornato y garantía de la seguridad del puente, que fueron lamentablemente desmochadas al hacerse la carretera Oropesa-Guadalupe, hacia 1865, pero que pocos años antes aún se conservaban en toda su belleza, siendo utilizadas como prisión. ¡Cuántas veces son tanto o más perjudiciales para el patrimonio histórico-artístico las épocas de paz que las de guerra!

Aparte de las referencias al puente hechas por viajeros extranjeros (10), Ponz señala (1784) que



Grabado de Parcerisa (s. XIX), donde se aprecia la importancia de las torres que defendían el puente.

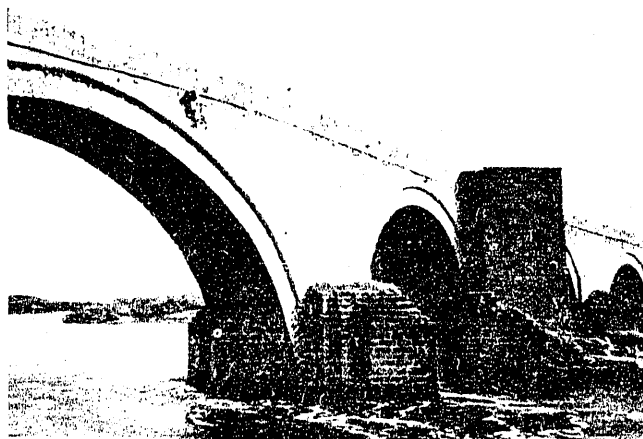
el puente se había «renovado últimamente, reedificándose tres de sus ojos. Es de las obras más dignas, grandiosas y benéficas entre las muchas que aquel gran prelado [Tenorio] dejó hechas, su construcción es fortísima y para defensa mandó hacer dos torreones en los tercios del puente...». En efecto, el puente tenía originariamente ocho arcos y en 1770, para aminorar los efectos de las grandes crecidas del Tajo, se prolongó a expensas de los vecinos, edificándose tres arcos más que no desdicen en bondad y firmeza de la obra primitiva.

En 1853, Quadrado [9] señala que: «Sus dos torreones se alzan unos cien pies sobre el nivel del río en los tercios del puente, abarcando la anchura de éste y abriendo paso a los transeúntes por bajo de sus arcos ojivales: una escalera interior permitía a los defensores bajar hasta el río para proveerse de agua», escaleras que se conservan en la actualidad.

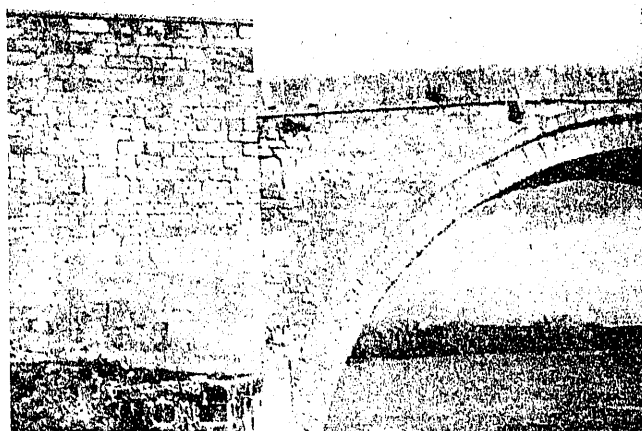
El puente, con restauraciones evidentes, se encuentra hoy en perfecto estado. Está cimentado en el sólido lecho granítico que presenta el río en aquella zona, con sillares de labra fina, muy uniformes y bien escuadrados, en los que raramente hemos observado lo que podrían ser marcas de cantero. La rasante o perfil de coronación está incurvada en lomo, sin duda debido a la clásica diversidad de dimensiones de los arcos de medio punto de estas antiguas obras, con su cota máxima en el de mayor luz, entre las dos torres, por debajo del cual discurre la mayor parte del caudal. La plataforma no presenta otros ensanchamientos o apartaderos que los derivados de la planta de las antiguas torres. Las luces de los once arcos no parecen guardar ninguna ley de progresión ni simetría, aunque el efecto estético no resulta desagradable en modo alguno.

El ancho de los pilares es en general de aproximadamente un tercio de la luz de los arcos y éstos arrancan desde la altura del cimient, próximos al plano de aguas medias.

El espesor del tímpano en clave es bastante uniforme y su plano sobresale ligeramente de los de las boquillas de los arcos, formándose una archivolta de agradable efecto estético. El remate de los tímpanos forma una cornisa que no en todos los arcos coincide con el plano tangente a las claves de aquéllos.



Vista del arco principal del puente. Al fondo se aprecia la puerta que permitía a los defensores de la torre bajar hasta el río (foto del autor).



Vista parcial del pie de la torre y arranque del arco principal (foto del autor).

Los tajamares son clásicamente medievales, de planta triangular apuntada, a ambos lados, con sombrero piramidal en tejadillo, salvo en los dos centrales, aunque en los puentes medievales es característico que continúe el tajamar triangular con toda su sección hasta el borde superior del puente, no ocurre así en el que ahora nos ocupa, en el que aquéllos se quedan aproximadamente a mitad de altura.

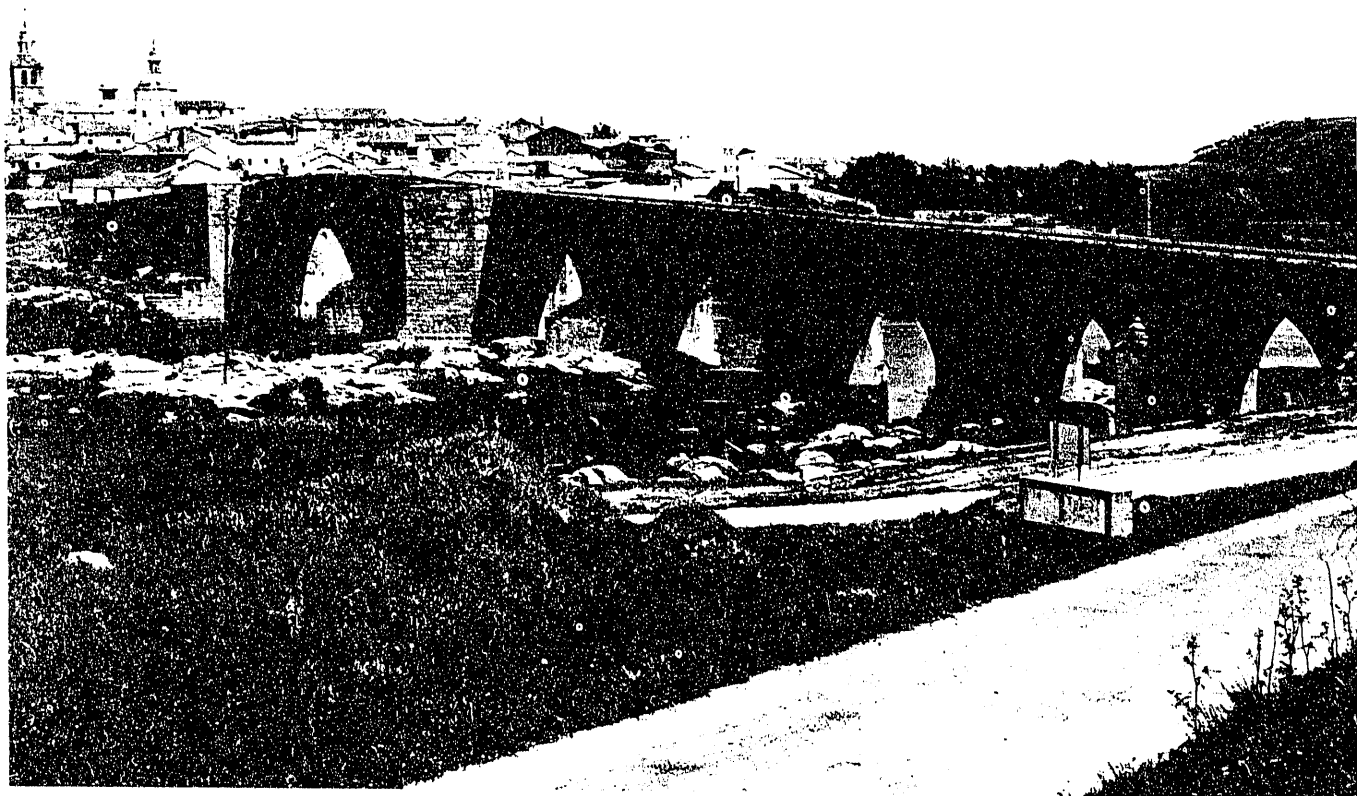
SEDE DE LA CORTE Y ESCENARIO DE BATALLAS

El puente del Arzobispo tuvo mucha importancia durante varios siglos. Era utilizado por los rebaños trashumantes que usaban la cañada de

Avila, siendo uno de los Contaderos Reales, llamados así porque en él se hacía recuento del ganado mesteño [13]. En otro orden de cosas, se cita la obra en las luchas intestinas que tuvieron lugar durante el reinado de Juan II (11) y asimismo en el reinado de Enrique IV —hermano de la reina Isabel la Católica, rey por cierto enterrado en Guadalupe—, con motivo de las entrevistas que allí mantuvieron los reyes de Portugal (Alfonso V) y de Castilla, en abril de 1464, en las cuales se acordó el matrimonio de Isabel con el rey portugués, cuando aquélla tenía trece años, boda que no llegaría a tener efecto y que probablemente hubiera significado un cambio decisivo en la Historia de España (12). También costó que Fernando el Católico estuvo también en el Puente, a donde pasó la Corte desde Alcalá de Henares, y encontrándose allí en diciembre de 1485 se incorporó al séquito real el jefe de los «payeses de remensa» catalanes Verntallat y los síndicos de la montaña catalana, comenzando en el Puente las conversaciones que cristalizarían en la famosa «Sentencia Arbitral de Guadalupe». Carlos I pasó por nuestro puente el 9 de abril de 1522, procedente de Talavera.

El Puente del Arzobispo y el camino de Guadalupe perdieron importancia cuando Portugal se independizó definitivamente de España durante el reinado de Felipe III y aunque los peregrinos siguieron frecuentándolo, la Exclaustración lo condenó al olvido, que se consumó con el trazado de la carretera al sur del puente, por La Estrella y El Puerto de San Vicente.

Durante la Guerra de la Independencia, nuestro Puente fue escenario de una importante batalla. El 17 de marzo de 1809 el mariscal francés Victor cruzó el puente con 13.000 hombres y 800 caballos con el fin de apoyar, desde la orilla izquierda del río Tajo, la construcción en Almaraz de un puente de balsas que permitiera el paso de la artillería, derrotando poco después a los españoles en Medellín. En agosto de ese mismo año, Wellington, procedente de Talavera, cruza el puente también hacia la orilla izquierda, estableciendo su cuartel general en Deleitosa. Pocos días después (5 de agosto) lo cruzaría el general español Don Gregorio de la Cuesta. El puente se había convertido en un objetivo de primer orden, junto al cual



Vista general del puente en la actualidad (foto Rizos).

se agolpaban los ejércitos contendientes. El general Cuesta dejó en guarda del puente a la 5.^a División al cargo de Don Luis Bassecourt. El 5.^o y 2.^o Cuerpos del Ejército francés, a las dos de la tarde del 8 de agosto iniciaron su ataque para forzar el paso del Puente, al mando del mariscal Mortier. «El calor del día —dice el Conde de Toreno— [14« y el descuido propio de ejércitos mal disciplinados hizo que no hubiese de nuestra parte gran vigilancia, por lo cual en tanto que los enemigos embestían el puente, cruzaron descansadamente un vado 800 caballos suyos guiados por el General Caulincourt, quedando unos 6.000 al otro lado, prontos a ejecutar lo mismo. Procuraron los españoles impedir el paso del puente, abriendo un fuego muy vivo de artillería, ajenos de que Caulincourt, pasando el vado, acometería como lo hizo, por la espalda. Sólo había en el puente 300 húsares del regimiento de Extremadura, que contuvieron largo rato los ímpetus de los jinetes enemigos, a quienes hubiera costado caro su arrojo si Alburquerque hubiese llegado a tiempo. Pero los

caballos de éste, desensillados y sin bridas, tardaron en prepararse, acudiendo después atropelladamente, con cuya detención y falta de orden dióse lugar a que vadease el río toda la caballería francesa, que ayudada de algunos infantes, desconcertó a nuestra gente, de la cual parte tiró a Guadalupe y parte a Valdelacasa, perdiéndose cañones y equipajes». La derrota española costó al pueblo el incendio por las tropas francesas.

El puente habría de ser también testigo años más tarde del primer alzamiento del Tradicionalismo español. El 2 de octubre de 1833 (cuatro días después de la muerte del rey Fernando VII) un funcionario, Administrador de Correos por más señas, D. Manuel María González, a quien secundaron sus hijos, paisanos y voluntarios realistas, se sublevó en Talavera al grito de ¡Viva el rey Carlos VI!, proclamando al Pretendiente en la Plaza Mayor al amanecer del día 3. Nuestro burócrata requisó caballos, carros y armas y con dos compañías de voluntarios realistas marchó hacia el vecino pueblo toleda-

no de Calera, donde esperaba se le sumasen otros realistas, pero como éstos no aparecieran, se dirigió hacia el Puente del Arzobispo, donde fue atacado por una fuerte columna del ejército regular, siendo hechos prisioneros el sublevado y algunos de los suyos, que al día siguiente serían fusilados en Talavera, tras juicio sumarísimo que puso fin a su breve aventura.

Por último, durante la pasada Guerra Civil, el Puente fue también objetivo estratégico de interés para los ejércitos contendientes.

Como puede verse, agitada existencia la de nuestro puente, sobre el cual se concertaron bodas reales y se libraron combates sangrientos, pero que por encima de todo ello sirvió durante muchos años para facilitar la vida pacífica de nuestro pueblo, el paso de peregrinos, comerciantes y rebaños, cumpliendo el objetivo perseguido por su fundador, el Arzobispo Tenorio, cuando decidiera su construcción hace ahora justamente seis siglos.

NOTAS

(1) Todavía en 1849, Pascual Madoz cita cuatro barcas en los términos próximos de Calera y Valdeverdeja, dando incluso sus nombres: «Silos», «Carrizal», «Oliva» y «Espegel».

(2) V. Madoz, *op. cit.* «Por su puente pasan los rebaños de merinas de los Puertos de San Vicente al del Pico, y las que se dirigen para Aragón y León muchas de ellas.»

(3) V., por ejemplo C. Fernández Casado: *Historia del puente en España: Puentes romanos*, con mapa síntesis de Saavedra, Blázquez, Altadill, Menéndez Pidal, Schulten y Taracena.

(4) «Nos el arzobispo de Toledo fasmus saber a vos Johan Millán, proveedor de la iglesia de Santa María de Guadalupe, que Nuño Martínez e Alfonso Ferrandez, vesinos de la Puebla de Guadalupe vinieron a Nos aquí a la nuestra villa de Talavera a se venir con nosotros por la cal que an de faser para la obra de la puente que Nos mandamos faser en Alcolea. E dixeronnos que avian luego menester adelantados tresientos maravedis. E por quanto los non conociamos non gelos mandamos dar fasta que nos diesen fiadores por ellos. Por que vos rrogamos que los dichos Nuño Martínez e Alfonso Ferrandez dardovos fiadores, por los dichos tresientos maravedis, gelos dedes e paguedes a los dichos caleros. E dadles luego recabdo de los dichos maravedis, e fasedles que partan luego dende en toda manera a la dicha labor e non se detengan y. E vos, dandoles los dichos tresientos maravedis, Nos

vos los mandaremos luego pagar. E en esto nos faredes servicio e plaser. Fecha en la nuestra villa de Talavera. catorse días de mayo era de mill quatroçientos veynte e uno años.—Petrus. Archiepiscopus Toletanus.

Otrosi, cada noche e cada mañana, faset saber a todos esos romeros en como Dios queriendo, se comensará a faser la puente a rreverencia e onor de Santa María de Guadalupe, la primera semana de junio. Por ende, si ay algunos que quieran venir a la dicha puente por sus jornales, que vengán y, asi omes como mugeres, ca en mejor obra non pueden servir que en este puente por do pasan los rromeros de la Señora. (Rúbrica). [4]

(5) «Nos el arzobispo de Toledo fasmus saber a vos Johan Millán veedor de la iglesia de Santa María de Guadalupe, que Pedro Ferrandes de Villegas contador mayor de nuestro Señor el Rey, nos enbió rrogar que le diésemos un quintal de fierro e seys libras de asero para lo enviar y. E bien nos ploguiera de vos enbiar luego el dicho fierro e asero, salvo porque aun no nos an traydo fasta agora el fierro que nos an de traer; pero, Dios queriendo, esta semana será aquí, e vos enbiat por ello a un ome aquí a la nuestra villa de Alcolea, e dargelo a Diego Andres, abat de Sant Viçente de la Sierra, ca Nos le mandamos que diese el dicho fierro e asero al ome que vos enbiasedes por ello. Otrosi sabet que de los tresientos maravedis que distes por nuestro mandado a Nuño Martines e Alfonso Ferrandes, caleros, para que nos diesen cal, que nos an entregado ay quatro fornadas de cal e an meresçido los dichos maravedis; por ende dat los arromper el contracto que sobre ssi vos otorgaron destos tresientos maravedis, pues que ya somos dellos entregados en la dicha cal. Otrosi dixeronnos que teniendo cogido a soldada a Johan Sanches, yerno de Pedro Martin el çiego para que les ayudase a faser la cal que an de faser para la obra de la nuestra puente, e aviéndole pagado su soldada adelantada de un mes, dis que se fué allá a tener la fiesta de Sant Johan, e que fasta aquí que no es venido; por lo qual, por su mengua, ellos no pueden faser la dicha cal e nuestro servicio non se cumple. Por lo que vos mandamos que luego en punto, visto este nuestro albalá, le apremiedes que venga a faser la dicha cal con los sobredichos, e que se non detengan y punto nin mas, porque vuestro servicio sea cumplido. En otra manera, si lo asi faser e complir non quisiere, fasedlo prender el cuerpo e enbiatlo preso e bien rrecabddado a su costa, a los dichos Nuño Martines e Alfonso Ferrandes porque meresca la soldada que tienen pagada e sirva con los sobredichos en faser la dicha cal. E non fagades ende al. Scripta en la nuestra villa de Alcolea XXIX días de junio.—Petrus, Archiepiscopus Toletanus.»

(6) Otro precursor del arzobispo Tenorio fue San Armengol, obispo de Urgel del año 1010 al 1035, al cual se atribuyen cuatro puentes sobre el río Segre. Dice la Historia que el día 3 de noviembre de 1035 estaba sentado en una viga, trabajando con sus propias manos en la construcción del puente de Bar, cuando se cayó al río, falleciendo poco después a consecuencia del golpe con el lecho rocoso. Cuenta la tradición que su cuerpo exánime fue recogido por las aguas y transportado por ellas hasta las puertas de la ciudad de Urgel, y que las

EL PUENTE DEL ARZOBISPO TENORIO CUMPLE 600 AÑOS

campanas de la Seo, en cuanto llegó, se pusieron a tocar solas.

(7) Partida II, Título XI, Ley I [11].

(8) Partida III, Título XXXII, Ley XX. La tendencia a eximir de peajes y pontazgos habría de continuar fortaleciéndose en épocas posteriores, como se demuestra ya por ejemplo en la Recopilación de las Ordenanzas Reales de Castilla [12].

(9) He aquí la descripción que de las torres hace un escritor del siglo pasado: «Los dos arcos centrales arrancan de dos torres altas y muy firmes, pues son de piedra sillar unida con una argamasa tan dura que resiste a las incisiones del hierro y del acero. Una es cuadrilonga; la otra romboidal. Se ven pocas ventanas en cada una de ellas todas ojivales, con su parteluz de columnillas pareadas, afectando el carácter del estilo bizantino. Abundan de peñoneras y arpilleras, con cuyo uso serían in conquistables a poca guarnición que las defendiese. Sus remates almenados eran de un efecto agradable, pero los franceses las cubrieron de tejados —con los que aparecen en el grabado de Parcerisa— obstruyendo todos los vanos o huecos para abrir estrechas fisuras donde apoyar la boca del fusil y asegurar el tiro... Ciento y cinco pies cuenta la torre principal desde el tejado hasta el nivel del río; treinta y seis de anchura y cuarenta y nueve de longitud. La torre segunda tiene de alta noventa y seis pies, veintisiete de ancha y cincuenta y seis de larga, excluyendo los seis cumplidos que abraza el espesor de sus muros.» («El Puente del Arzobispo», art. de D. Rafael Monje en *Semanario pintoresco español*, tomo 1847, página 89.)

Las torres estaban provistas de armamento. Según el visitador real D. Luis Fernández de Portocarrero y Bocanegra, enviado a inspeccionar las fortalezas del arzobispo de Toledo (29-12-1518), estaban dotadas de 7 piezas o tiros de hierro viejo e inútiles —piezas de artillería— con dos ballestas de garrucha —arma pesada y fija— y otras dos de pie —arma ligera y usada por un ballestero— en mal uso, dos escopetas y doce corazas inservibles. Según el visitador, en cada torre deben estar de guardia dos hombres y disponer de las siguientes armas: seis escopetas, otras tantas ballestas, lanzas, coseletes, rodela y pólvora [16].

(10) León Rosmithal, cuñado del rey Jorge de Bohemia, que viajó por España entre 1465-67, habla del puente y de sus «dos lindas torres». El alemán Jerónimo Münzer, que recorre nuestro país entre 1494-95, se admira de la «soberbia construcción de seis arcos y dos torres». El embajador veneciano Andrés Navagero viene a España en el 1525 y refiriéndose a la Villafranca, dice que «es un buen lugar situado a orillas del Tajo y tiene sobre él un hermoso puente de piedra con una torre moderna en medio; pero ésta, lo mismo que el puente, está hecha con piedras antiguas». El clérigo portugués Gaspar Barreiro está en España en el año 1542 y dice de nuestra villa «que es fresca y de buenas cosas, aunque pequeña... un puente que tiene sobre el río Tajo, a la entrada del lugar que para otro de más calidad podría ser ornamento. Porque tiene

dos torres... puede ser de trescientos vecinos poco más o menos». El francés A. Jouvín, que está entre nosotros en el 1672, menciona a la Villafranca y dice: «se pasa allí a la salida, un puente de piedra muy bien construido...»

(11) En noviembre de 1420, huyendo el rey Juan II de Talavera a Montalbán, el infante sublevado Don Enrique, Marqués de Villena y cuñado del monarca, con objeto de evitar que el rey, cercado en aquel castillo, recibiese ayuda que tendría que atravesar el Tajo, envió a Fernán Rodríguez de Monroy, señor de Belvis, con 30 hombres de armas para que tomara el puente, pero al llegar allí lo encontró ya ocupado por García Álvarez de Toledo, señor de Oropesa, a quien la facción contraria, y su inspirador Don Alvaro de Luna, había enviado también con acertada previsión (*Crónica de Don Juan II*, año XIV, Capítulo XXXI).

(12) En efecto, durante unos días, el puente fue sede de la Corte de Castilla y de Portugal. El rey portugués regresaba del Monasterio de Guadalupe, a donde fue a una novena prometida para dar gracias por la conquista de Tánger y pidió al rey de Castilla que le esperase en el puente. Según el cronista Lorenzo Galíndez de Carvajal «El rey ovo plazer dello y sin consultar cosa alguna con el arzobispo —[de Toledo, el turbulento Don Alfonso Carrillo de Acuña]— ni con el marqués —[el también revoltoso Juan Pacheco, marqués de Villena y Maestre de la Orden de Santiago]— determinó su partida... Llevó consigo a la reina y a la princesa y a los infantes sus hermanos, y llegado el rey a la Puente del Arzobispo vino el rey de Portugal. Donde vistos hicieron grandes alianzas y confederaciones y el rey dio al de Portugal, esperanza que el rey de Portugal casaría con la infanta Doña Isabel, hija del rey Don Juan, hermana suya, de edad que era de treze años, maravillosamente hermosa y no menos discreta y honesta» [16].

BIBLIOGRAFIA

- [1] ALVAREZ ALVAREZ, Arturo: «Seis Centurias del Puente del Arzobispo», en la revista *Guadalupe*, abril 1983.
- [2] FERNANDEZ CASADO, Carlos: *Historia del Puente en España: Puentes romanos*. 1980
- [3] JIMENEZ DE GREGORIO, F: *Diccionario de pueblos de Toledo*.
- [4] ALVAREZ ALVAREZ, Arturo: *Guadalupe*. Editorial Studium. Madrid, 1964.
- [5] VILLACAMPA, Carlos G.: «Los caminos de Sta. María de Guadalupe: El Puente del Arzobispo para los peregrinos del Norte», en la revista *Guadalupe*, núm. 659. 1982.
- [6] STEINMAN, David B., y WATSON, Sara Ruth: *Puentes y sus constructores*. Ediciones Turner.
- [7] HERRERA Y BONILLA, A.: «Puente de Zulema sobre el Henares en Alcalá». *Revista de Obras Públicas*, 1869.

- [8] PONZ, Antonio: *Viaje de España*. Tomo séptimo. Madrid, 1784.
- [9] QUADRADO, José María: *Recuerdos y Bellezas de España*. Madrid, 1853.
- [10] MARIANA, Juan de: *Historia de España*. Lib. XVIII, Biblioteca de AA.EE. Cit. en [4].
- [11] ALZOLA Y MINONDO, Pablo: *Historia de las Obras Públicas en España*. Ediciones Turner. Madrid, 1979.
- [12] GARCIA ORTEGA, Pedro: *Historia de la Legislación española de caminos y carreteras*. MOPU. Madrid, 1982.
- [13] MADDOZ, Pascual: *Diccionario Geográfico-Estadístico-Histórico de España y sus posesiones de Ultramar*. Madrid, 1849.
- [14] TORENO, Conde de: *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España*. Círculo de Amigos de la Historia. Madrid, 1978.
- [15] REGLA CAMPISTOL, Juan: *Historia de la Edad Media*. Montaner y Simón. Barcelona, 1978.
- [16] JIMENEZ DE GREGORIO, F.: *La Villafranca de la Puente del Arzobispo desde el siglo XV al XVII*. Ayuntamiento de El Puente del Arzobispo, 1982.

J. Agustín Sánchez Rey



El autor es doctor ingeniero de Caminos, Canales y Puertos, licenciado en Derecho, licenciado en Ciencias de la Información y diplomado en Economía de la empresa. Perteneció, por oposición, al Cuerpo de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos, al Cuerpo Técnico de la Administración Civil del Estado, al Cuerpo de Profesores Adjuntos de Universidad y al Cuerpo Facultativo Superior del Centro de Est. y

Exp. de Obras Públicas. Titulado por la Escuela Oficial de Periodismo de Madrid, obtuvo en 1972 el primer premio de Ensayo de la Universidad Complutense.

